

LA ESTACION ARQUEOLOGICA DE MONTEFRÍO

(Granada)

II.—LA ACROPOLI DE GUIRRETE

(Los Castillejos)

Con anterioridad nos hemos ocupado de la riqueza arqueológica de este interesante rincón de la provincia de Granada, estudiando sus *dólmenes* (1); cumple ahora señalar el resultado, en otros aspectos, de nuestras exploraciones y estudios durante las dos largas campañas de trabajos que llevamos a cabo.

Estas notas, por la especial característica de los yacimientos (imprecisos en razón a las diversas reocupaciones, por un lado, y a las labores y cultivos, por otro), no pretenden más que registrar aquellas particularidades de mayor interés. Aún esto, no supone novedad alguna. Góngora (2) reseña estos yacimientos con algún pormenor, y los estudios, recensiones y notas del maestro Gómez-Moreno (3), puntualizan y aclaran aquéllas, sirviendo de valiosa base para las que siguen.

Al Este del macizo rocoso que limita por el Norte el largo valle que se tiende de Montefrío a Illora, al iniciarse la estribación denominada *Peña de los Gitanos*, se alza una terraza (Lám. I-2) entre agrestes barrancadas y *canjorros*, que denominan *Los Castillejos* (4).

(1) Véase BOLETÍN DEL SEMINARIO DE ESTUDIOS DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA de la Universidad de Valladolid, Fasc. XXVIII a XXX. Tomo VIII, Curso 1941-42.

(2) M. de Góngora y Martínez, «Antigüedades prehistóricas de Andalucía». Madrid, 1868.

(3) M. Gómez Moreno, «Monumentos arquitectónicos de España. Granada y su provincia».

(4) Véase BOLETÍN cit. (Lám. I).

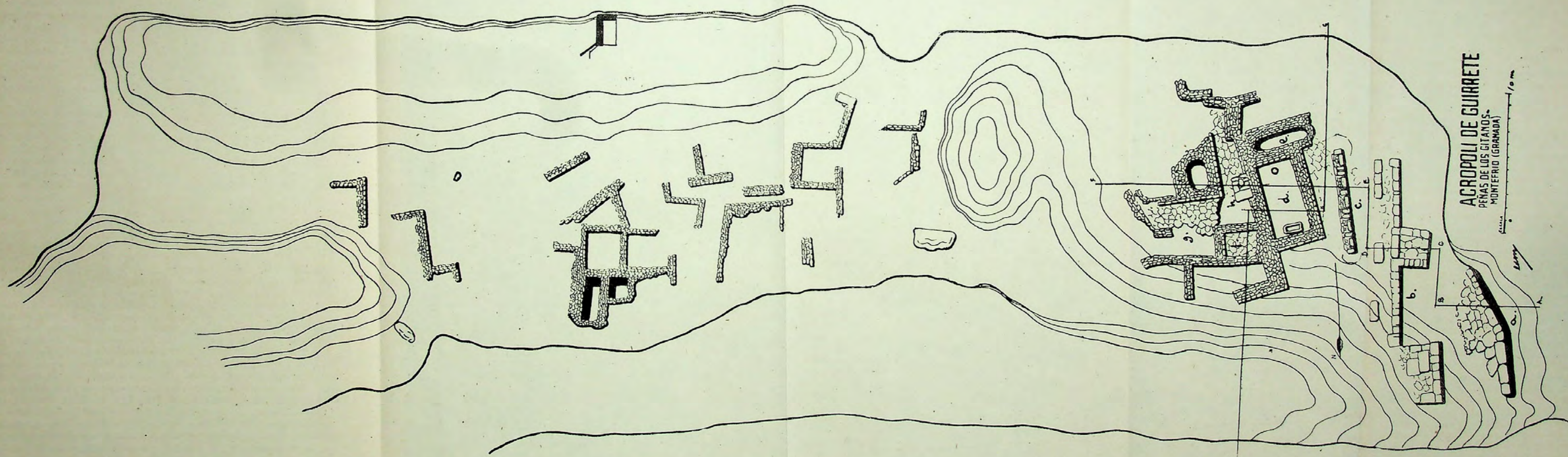
Tiene fácil acceso esta parte desde las tierras del cortijo llamado de Guirrete. Queda su estrecha área limitada al Sur por otra terraza inferior abierta a los cultivos (situada entre las pedrizas del cortijo de Linares y los grandes tajos), y al Norte por el segundo alto escalón rocoso que la domina.

En esta terraza inferior son abundantísimos los fragmentos de cerámica neolítica, ibérica y árabe, muy mezcladas en razón al arado, y en mayor proporción los dos tipos últimos. Junto a estos índices, no es escasa tampoco la cantidad de pedernal, entre atípico y tallado, dándose en abundancia los fragmentos de cuchillos y alguna punta de flecha.

Al pie del tajo, próximo al ingreso a la terraza, aparece un pozo que, según sus excavadores (Sr. García-Valdecasas), alcanza profundidad de veintidós metros, en el que sólo pudo hallarse un hacha de piedra. Más próximo a la terraza se abre una gran cueva utilizada para el ganado.

La superficie de la estrecha terraza, que se tiende de Oeste a Este, mide en su totalidad 125 metros en sentido de su largo y 26 metros en sentido de su ancho máximo, levantándose prontamente en su lado Norte un fuerte y alto muro rocoso cortado a pico, en el que pueden observarse entalladuras y huecos dispuestos para sujetar cabezas de viga. Hacia el Este, en su final (Lám. II), se corta la terraza bruscamente, convirtiéndose el terreno en un profundo despeñadero de muy difícil acceso (Lám. IX-II). Del mismo modo, tras las singlas y cortados que la limitan por el Norte, se hunde el terreno en enorme tajo, formándose dos profundas barrancadas, de las cuales la situada más al Norte, separada de la primera por otros altos tajos, presenta en su extremo Este grandes grutas o cuevas, de una de las cuales mana una pequeña fuente, llamada Pílon del Moro. En las tierras de estas barrancadas, dispuestas para el cultivo, son también abundantísimos los fragmentos de pedernal y de cerámica de los tipos indicados.

El ingreso natural a la terraza, objeto especial de nuestro estudio, es estrecho y pendiente, cortándose por un fuerte muro, cuyo paramento externo le forman grandes piedras de las que algunas en las hiladas inferiores, todavía *in situ*, miden muy próximo a los dos metros de largo (Fig. 1.^a, Plano general), observándose en parte de él una disposición alternada, que remeda un aparejo a *soga y tizón*. Tras este paramento, se señala un relleno de piedra, mampuesto dislocado sin argamasa alguna que lo trabe, que alcanza grueso de más de dos metros, terminando en un muro más cuidado de piedra pequeña y grueso de cincuenta centímetros que forma su paramento interno. Este gran muro, corta en línea quebrada y en dos tramos,



ACROPOLI DE GUIRRETE
 PENAS DE LOS GITANOS.
 MONTEFRIO (GRANADA)

10 m

Figura 1.ª—Plano general.

el corto espacio de terreno que determina acceso fácil, y aunque no nos fué posible señalar el lugar en que se dispusiera la puérta, puede bien suponerse se organizara en su extremo Norte (Fig. 1.^a, a).

Vencido el declive pronunciado y traspuesto este muro encontramos restos interesantes aunque incompletos de un curioso sistema de fortificación que señala tanto por su disposición como por su especial estructura, algo distinto al antes descrito (Fig. 1.^a, b).

En primer lugar, cierra todo el espacio que, en cuanto a su ancho señala el área de terreno en que se emplaza la acrópoli, retrayéndose propiamente del costado que por este lugar la aisla y defiende y del muro antes descrito, en un promedio de dos a cuatro metros, estableciendo por consiguiente un espacio tan estrecho y exigüo que hace suponer, dadas las condiciones del terreno, la total independenciam de ambos sistemas defensivos y posiblemente, como determinan también los hallazgos, una clara diferenciación de época. Si llegara a pensarse que el espacio entre los dos muros defensivos, pudiera responder a la organización de una especie de camino de ronda, la disposición especial del segundo, parece rechazar tal supuesto, porque éste se constituye de modo peculiar determinando (en cuanto a lo que nos muestran las ruinas actualmente), dos salientes a modo de bastiones cuadrados o pequeñas torres (Fig. 2.^a, planta y alzados), que no logran explicarse si pretendemos reunir en un único conjunto ambas construcciones; por el contrario puede servirnos este detalle, entre otros, para diferenciarlas.

Esta segunda línea defensiva, que anticipamos nos parece anterior a la primeramente anotada, alcanza actualmente una extensión de algo más de veinte metros, tendiéndose de Norte a Sur. Su extremo Norte, hoy perdido, se prolongaría seguramente hasta alcanzar el costado, cerrando totalmente el acceso y obligando por ende y de un modo necesario al que entrara, a recorrer todo el espacio defendido por la muralla hasta alcanzar el ingreso que, suponemos fundadamente, se abriría en el extremo Sur. Si en este punto se organizó una puerta o si simplemente se dejó un espacio libre que diera paso al interior, cuando el acceso por el lado Oeste es imposible por lo acentuatedo del tajo, no podemos asegurarlo, pues la excavación cuidadosa que se llevó a cabo en este lugar no logró determinar dato alguno apreciable, por lo cual, y ante el hecho de que el paramento de la muralla se dobla en este punto, conservando su misma organización, unido al hecho de que es este el lugar casi único en que hemos podido apreciar la continuidad del mismo paramento, por lo que hubo de ser lado interior de la muralla, parece poder asegurarnos en el supuesto de un ingreso libre, más bien que en la existencia de una puerta.

Aparte la distinción de tipos constructivos entre una y otra línea,

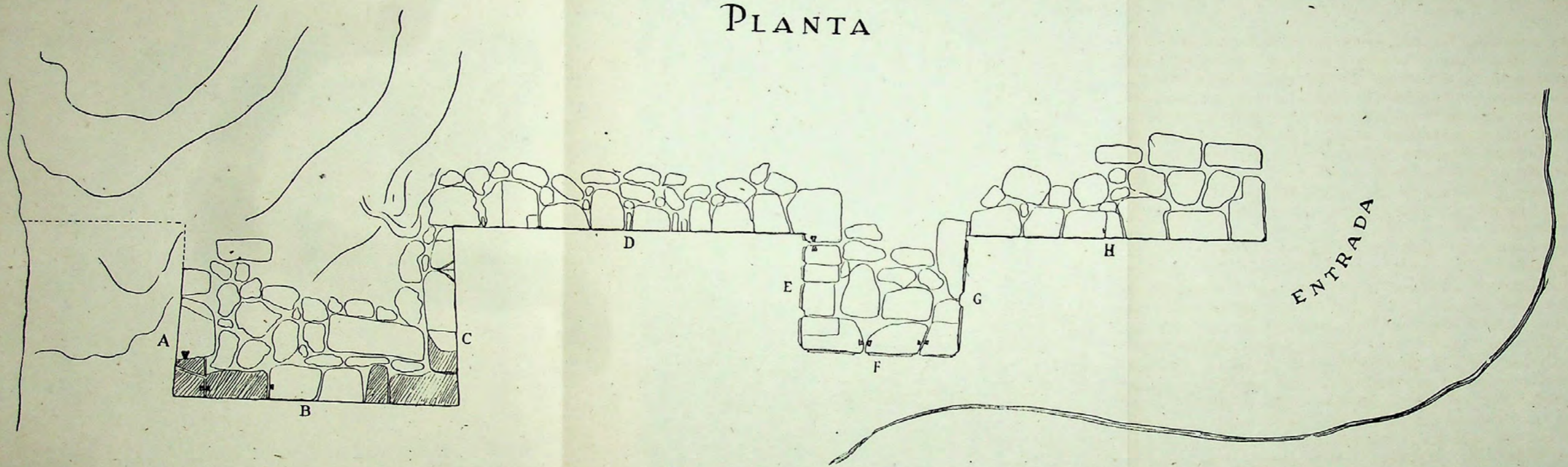
defensiva, como luego veremos, podemos unir, si bien no es ello índice totalmente firme, lo que en cuanto a hallazgos, nos ha dado la propia excavación de este sector, pues en efecto, lo recogido ante el primer muro (después de librar sus hiladas *in situ* de la gran cantidad de piedra y tierra procedente de las superiores, hundidas y desplazadas sobre ellas), vino a limitarse en su mayor proporción a muy abundantes fragmentos de cerámica árabe, sin otra particularidad que la de cubrirse con el típico barniz melado (o verde en menor cantidad), característico y al hallazgo de una vasija pequeña de cuello estrecho (casi totalmente perdido, como también su asa), muy panzuda y vidriada en amarillo.

Nos atrevemos a suponer que la construcción del primer muro debió levantarse en época tardía, y tal vez incluso aprovechando materiales del segundo; posiblemente, en época árabe, a quienes consideramos últimos ocupantes de la acrópoli, y quienes ante la destrucción de la segunda línea o incluso para aumentar su valor defensivo, la levantaron. Pudiera esto acreditarse al observar que entre el material utilizado en esta construcción aparecen sillares con muescas para engrapado, características, como veremos, propias en la construcción del segundo muro, si bien hemos de advertir que en las hiladas *in situ* no hemos podido observarlo, aunque sí entre el abundante material desplazado que las cubría, el que, sin embargo, tanto puede haber sido reutilizado, como provenir directamente del segundo muro al ocurrir su ruina y dada su proximidad. Pero sí es interesante recordar lo que antes indicamos de que en la construcción de este primer muro parece se intentó utilizar un aparejo a soga y tizón, totalmente distinto del que aparece en el segundo muro.

Este muro, con grueso apreciable de dos metros y formado por dos paramentos de sillares separados cuyo interior se rellenó de piedras, presenta en su interior, tanto en sus dos bastiones como en los lienzos de muro entre ellos comprendidos, un interesante y notable despiece, hasta el punto de ser esta la particularidad más curiosa que puede anotarse en el estudio de la acrópoli (Fig. 2.^a).

Algunos de sus sillares aparecen sumariamente desbastados por el centro de sus caras y más cuidadosamente trabajados hacia sus bordes, determinando un almohadillado típico que no tuvo más que un mero valor constructivo. La tendencia a almohadillar se usa preferentemente para las hiladas inferiores. En algunos tramos, las hiladas existentes acusan tendencias a ser regulares, presentando la misma altura, lo que se observa preferentemente en los paramentos de los bastiones, pero en las cortinas o tramos largos se señala lo contrario, y en todas ellas, a su vez, cortes curiosos que acusan un engalbernado típico con encajes característicos y tallas que de-

PLANTA



ALZADOS

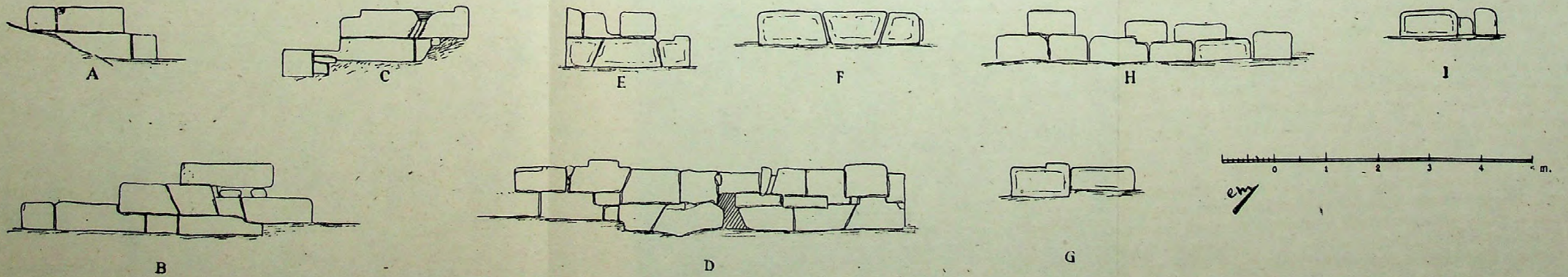


Figura 2.^a—Planta y alzados.

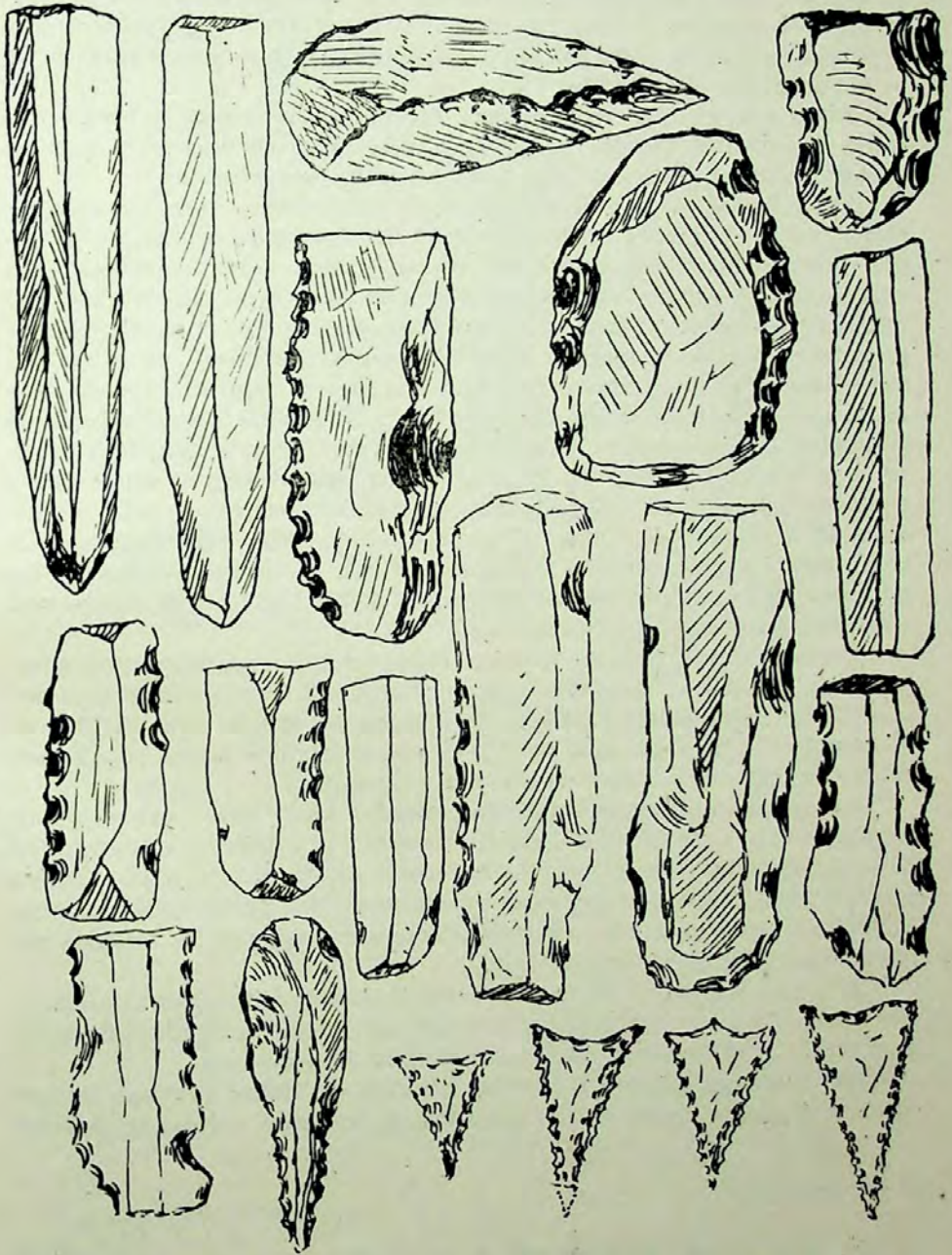


Figura 3.ª—Puntas de flecha y cuchillos y útiles en pedernal.

terminan líneas oblicuas abundantes, sin menoscabo de emplearlas también verticales (Láms. IV, V, VI, VII y VIII). Desgraciadamente, la altura mayor de estos muros no alcanza más que a tres hiladas en la parte mejor conservada.

Estos muros, que se cimentan directamente sobre la roca, presenta sus piedras sujetas por grapas dispuestas en encajes a cola de milano, demostrando con ello una esmerada construcción.

A partir de estos muros defensivos tan interesantes, las excavaciones sobre la terraza indicada vino a darnos (comprobado en diversos puntos), la existencia de dos claros y bien definidos niveles, en cualquiera de los lugares en que las necesidades propias de los trabajos de exploración nos permitió buscarlos, y ello fué, realmente, en todo el área de la terraza. Primero, un nivel profundo, poco aislado del subsuelo rocoso, constituido por una tierra oscura y apelmazada en la que son abundantes, más que en la superficie, los hallazgos de fragmentos de cerámica neo-eneolítica (sin lugar a distinción perfecta y clara), hachas en piedras duras, algún objeto en cobre y copiosos fragmentos de pedernal (restos de cuchillos, muy abundantes), y puntas de flecha (Figs. 3.^a a 5.^a). Entre ello, cilindros de barro ligeramente curvos y horadados en sus extremos, análogos a los hallados en la exploración del dolmen XXVIII (1), los que suponemos sirvieran para idéntica utilización.

Estos indicios, que las propias excavaciones repetidamente comprueban, unidos al material abundantísimo de superficie y a la inmediata e interesante estación dolménica estudiada, nos afirma en el establecimiento de una primitiva población que linda con el período argárico en sus momentos más avanzados.

Independientemente, podemos señalar otro nivel arqueológico, no tan claramente diferenciado en cuanto a una posible estratigrafía, pero sí definido, no sólo por los hallazgos de superficie, sino también por las ruinas de construcciones exhumadas, por sus propias particularidades, como veremos, y por las determinantes que las mismas excavaciones nos han suministrado.

Este nivel, a pesar de su imprecisión, podemos denominarlo árabe. Particularidades constructivas, por un lado, como acabamos de indicar, unido al abundante material recogido, lo acreditan.

Sin embargo, no son sólo estos indicios de viejas culturas los que pueden anotarse, pues, afortunadamente, tenemos otros que señalan

(1) Véase nuestro estudio citado, B. del S. de E. de A. y A., Fasc. XXVIII a XXX, T. VIII, pág. 77, Fig. 10, Lám. XXVI.



Figura 4.^a—Cuchillos y útiles en pedernal.

no existir laguna apreciable desde lo genuinamente prehistórico a lo medieval avanzado.

Llénase el largo espacio de tiempo que estos extremos determinan, el hecho de acusarse (de modo evidente, aunque sin poder lograr por menorizar), índices claros de una reocupación hispánica (características constructivas, cerámica, monedas) y de una reocupación visigoda (sepulturas —Góngora—, objetos de ajuar), soslayando de modo interesante y curioso el período romano, pues son tan sumamente escasos y pobres los hallazgos que sólo pueden considerarse como esporádicos, y nunca como señales de un establecimiento con cierta persistencia mantenido en el tiempo. Esta vendría a ser la única verdadera laguna que puede registrarse a través de esta serie de reocupaciones interesantes que la estación de Montefrío señala.

Organizando en sentido cronológico estos diversos índices, resumimos las notas de nuestro estudio en la forma siguiente:

Primera ocupación: *neo-eneolítica* (dólmenes, cerámica, pedernal).

Segunda: *hispánica* (muros defensivos—segunda línea de cierre de la acrópoli, cerámica, monedas).

Indicios de contacto *romano*.

Tercera: *visigoda* (sepulturas, objetos de ajuar característicos, cerámica).

Cuarta: *árabe* (construcciones, cerámica, objetos diversos).

Debe advertirse que, salvo los dos niveles arqueológicos extremos, pasando por la reocupación hispánica (más definida incluso por las características construcciones), todos los demás índices, más se apoyan en hallazgos de superficie que en determinantes concretas, pero son ellos tan claros y evidentes que nos incitan sin recelo alguno a poder aceptarlos.

No hemos de ocuparnos, por lo menos con detención, de la ocupación prehistórica. El estudio del interesante grupo de dólmenes nos releva de insistir en características ya conocidas. Aquí sólo cabe señalar que sobre el área de terreno objeto preferente de este estudio, como posiblemente en sus amplios alrededores, al amparo de lo agreste y defendido del terreno, hubo un poblado primitivo, seguramente compuesto de pobres chozas de barro, ramas y pajas, pero con un abundante material lítico de gran perfección, entre cuyos elementos se iniciaba la aparición del cobre (hoja de puñal, Lám. XVIII-a). Pobres fondos de cabaña (cuyas dimensiones y características no hemos podido definir en razón a su propia miseria constructiva), pero cuya existencia se acusa en el material recogido sobre su propio nivel de tierra oscura y apelmazada. Señalan estas características un vivir mísero en muchos aspectos, que contrasta con las tumbas, más ricas

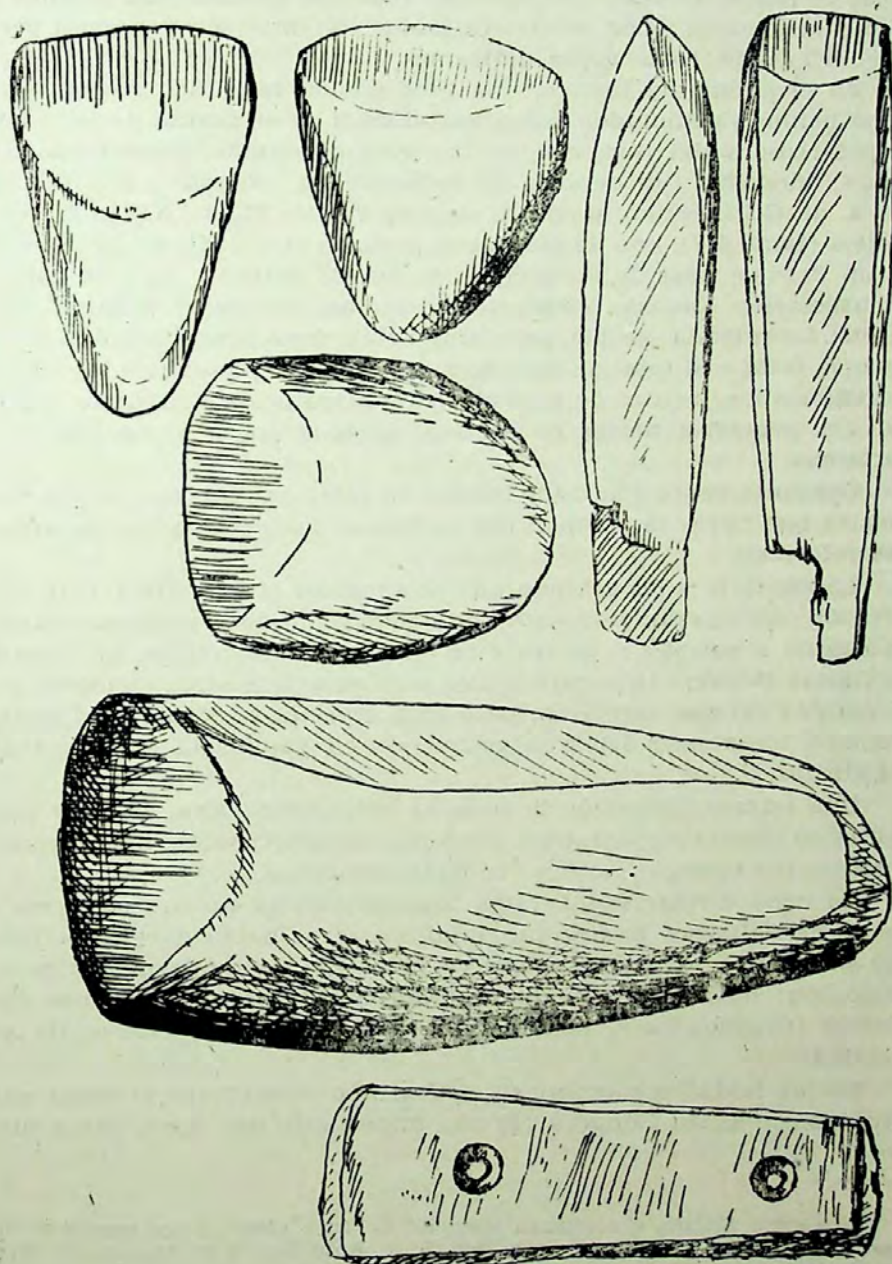


Figura 5.^a—Hachas, cincel y *relo* en piedras duras.

desde el punto de vista constructivo (por sus interesantes detalles y particularidades), y con las determinantes de un ajuar que acusa perfección grande, como antes indicamos.

En el andar del tiempo, una reocupación hispánica que acusan, como hemos ya anotado, restos abundantes de cerámica, de los tipos característicos del Sur, con su decoración pintada geométrica genuina; monedas (un denario de la República —*bigati*—, anterior al 217 a. de C., anónimo, y cuatro ases de Obulco (Lám. XIV); fíbulas, anillos (Lám. XV), uno de plata, con grabado (Lám. XV-a), al parecer de un Pegaso; asas de recipientes de metal; anillos y aros en cobre, de utilización dudosa; elementos todos que en parte señalan una influencia romana posible, pero muy débil, como acredita entre otras cosas la falta casi total de hallazgos de cerámica, pues entre los abundantísimos fragmentos de prehistórica e hispánica sólo pudimos recoger dos pequeños tuestos de *aretino*, de baja época y sin real importancia.

Conjuntamente con estos índices, la interesante construcción defensiva que cierra la acrópoli por su lado accesible, a la que ya antes nos referimos.

Lo expuesto y los gráficos que acompañan (Láms. III a VIII, Figura 2.^a), nos relevan de insistir sobre ello, remitiendo para su estudio, en cuanto a posibles orígenes y recopilación de ejemplos, al trabajo de García Bellido (1), a cuyo índice pueden unirse otros ejemplos interesantes (2) que acreditan, para esta especial particularidad constructiva, lo extenso del área geográfica en que hasta ahora puede registrarse.

Una tercera ocupación la señalan índices visigodos, claros y evidentes en cuanto a ajuar, pues otros más característicos, de tipo constructivo, por ejemplo, no nos fué dado señalarlos.

No debe olvidarse que estos mismos índices no proceden realmente de hallazgos *in situ* que, unidos a otras particularidades, fueran suficientes para determinar con claridad particularidades de la ocupación; mas, lo poco hallado, unido a las noticias recogidas por ilustres investigadores, nos incitan a poder afirmar acerca de su realidad.

En las faldas occidentales del Castellón (inmediato al lugar que estudiamos), anota Góngora (3) una importante necrópoli, que a juz-

(1) García Bellido, «La cámara sepulcral de Toya (Jaén) y sus paralelos mediterráneos». Actas y Memorias de la Soc. E. de Antr. Etn. y Prehistoria. T. XIV, pág. 67, 1935.

(2) Noticia por A. Fernández de Avilés en «Archivo Español de Arqueología».

(3) Ob. cit., pág. 86.

gar por el ajuar de las sepulturas excavadas podemos considerar como indudablemente visigoda. De ellas proceden un jarro y unos pendientes, entre otros objetos menos característicos. A ellos podemos nosotros unir dos aros de hebilla típicos, una pulsera o ajorca formada por un hilo grueso de cobre y un interesante fragmento de un vástago, de cobre también (Lám. XVI-a), que suponemos porción de uno de los característicos adminículos hallados en viejas sepulturas visigodas, sobre cuya utilización hoy por hoy en realidad se mantiene el misterio (1).

Por último, una reocupación árabe, que se señala no sólo por lo abundante de los restos cerámicos, del tipo que hemos ya señalado, sino a más por una serie de objetos diversos, como armas (puntas de chuzos o lanza, hojas de puñal, hachuela con aletas de sujeción, cinceles, etc., en hierro); útiles diversos en cobre (entre ellos unos a modo de hojas finas y puntiagudas con un extremo dispuesto para enmangar o empuñar y con agujeros como para pasar hilos, revelando ser posibles lanzaderas, aunque realmente se nos escapa totalmente su utilización), agujas, fragmentos de brazalete, trozos de sierra, etc., etc. En hueso: punzones, aros para adaptar a otros objetos, mangos de puñal o cuchillo con decoración sumaria (Láms. XVII a XIX), todo ello pobre y de escaso arte, lo que pudo recogerse diseminado entre la serie de muros que forman un grupo de construcciones pobres también que ocupan la totalidad del área de la terraza.

A partir de los muros defensivos estudiados, hallamos otro que corta en el mismo sentido la terraza, compuesto de dos paramentos: uno, el exterior, más cuidado, de piedra escuadrada, posiblemente dispuesta a soga y tizón (se trata de una sola hilada); otro, interior, de mampuesto descuidado (Fig. 1.^a-c). Este muro no pudimos relacionarlo con el resto de las construcciones de que vamos a ocuparnos, y menos con las defensivas de que hemos hablado. Estas, incluso para señalarlas una mayor distinción, aparecen a un nivel inferior.

A continuación de este muro hallamos una serie de recintos formados por muros gruesos de mampuesto, colocado con cierto cuidado en hiladas. Lo que la excavación cuidadosa de toda esta parte pudo darnos (como se refleja en nuestro plano, Fig. 1.^a), no es más que la cimentación, de tal modo que no nos fué posible determinar la situación de ingresos. Este conjunto de recintos aparece formado por uno rectangular, el mayor (d), en el que encontramos dos pilas sueltas,

(1) De interés especial a este propósito el estudio de S. Rivera Manescau, «La necrópolis visigoda de Simancas» (Bol. del S. E. A. A., T. V, Fasc. XIII a XXI. 1936-39), donde se recoge lo conocido y se apuntan deducciones de interés.

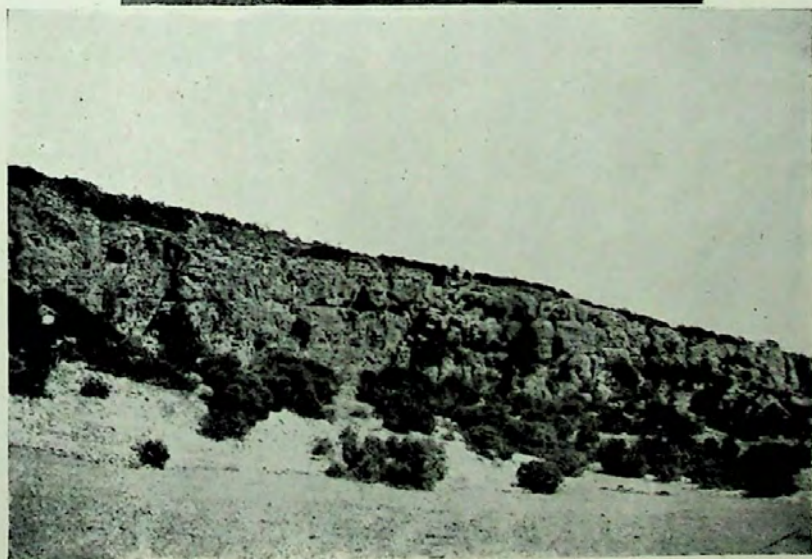
una rectangular y otra circular más pequeña. En el lado Sur, y separado por grueso muro, descubrimos una gran pila o depósito estrecho y alargado con sus extremos redondeados y todo el enlucido en su interior de una fuerte capa de mortero (e). En su lado Este, dos recintos de proporciones menores (f, g), uno de ellos pavimentado con losas, y a más, fuera de ellos y sobre la misma línea del muro del recinto grande, restos de un poyo cuadrado formado por piedras mayores bien dispuestas (h). El resto de las ruinas acusa otros dos recintos, uno de ellos empedrado también, y en el lado Sur, otra pila o depósito de menor tamaño pero de iguales características.

A partir de este punto, la terraza se eleva, dividiéndose en dos partes. El conjunto de las ruinas reseñadas más parecen responder a construcciones de tipo industrial que propiamente a viviendas, sin que desgraciadamente podamos precisar su utilización.

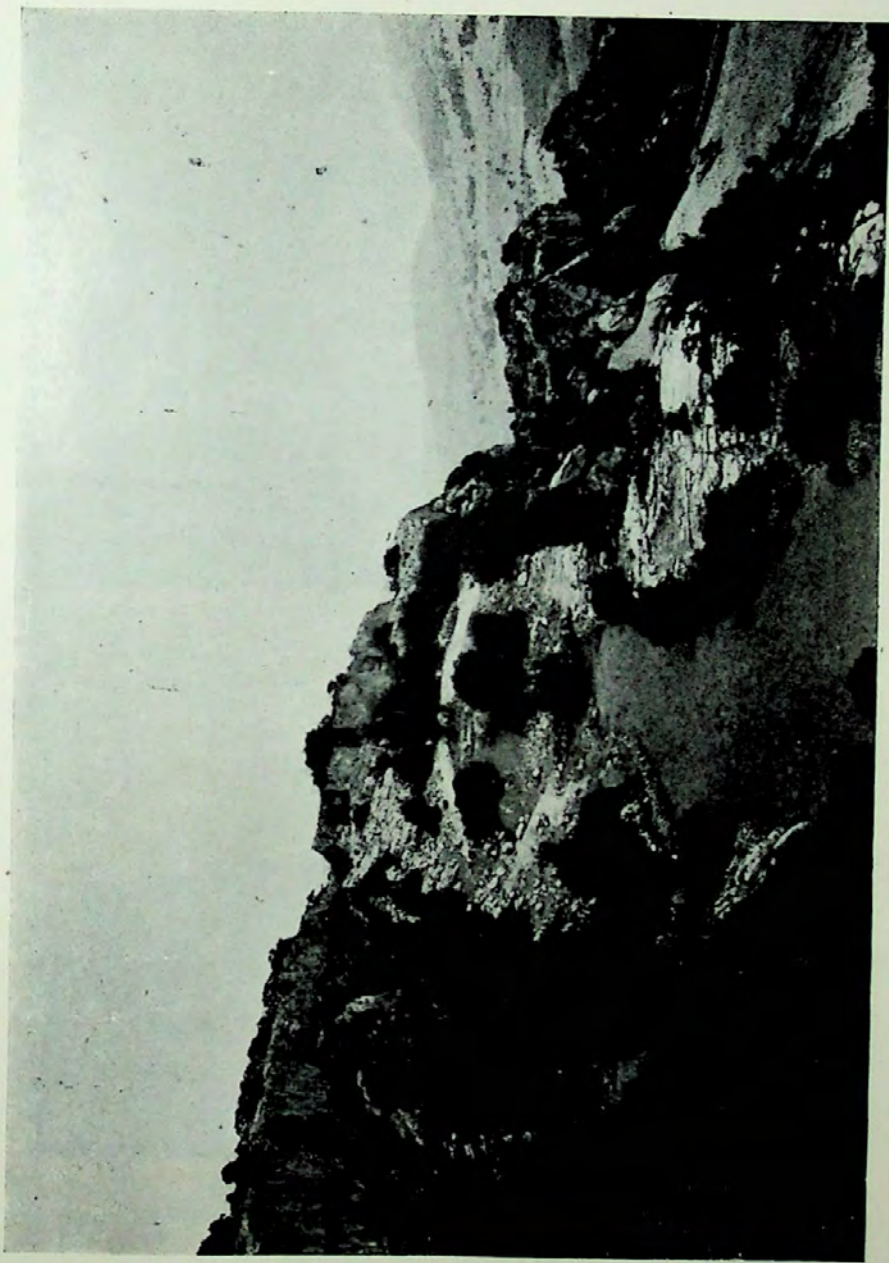
En la segunda área de la terraza, en su totalidad excavada, salvo un pequeño conjunto de ruinas que determinan recintos análogos a los descritos, presentan sus muros el mismo aparejo y las mismas características. Todo lo restante no señala más que algunos restos, tan dislocados y aislados, en razón a lo intenso de los cultivos, que carecen de importancia.

Las esperanzas que ante la construcción defensiva pudimos formarnos al iniciar los trabajos se malograron por entero, y lo que tan sólo es dado señalar en estas notas, como resultado de los trabajos, es la existencia indudable de las ocupaciones apuntadas, aunque ellas no puedan basarse más que sobre determinados índices.

C. DE MERGELINA.



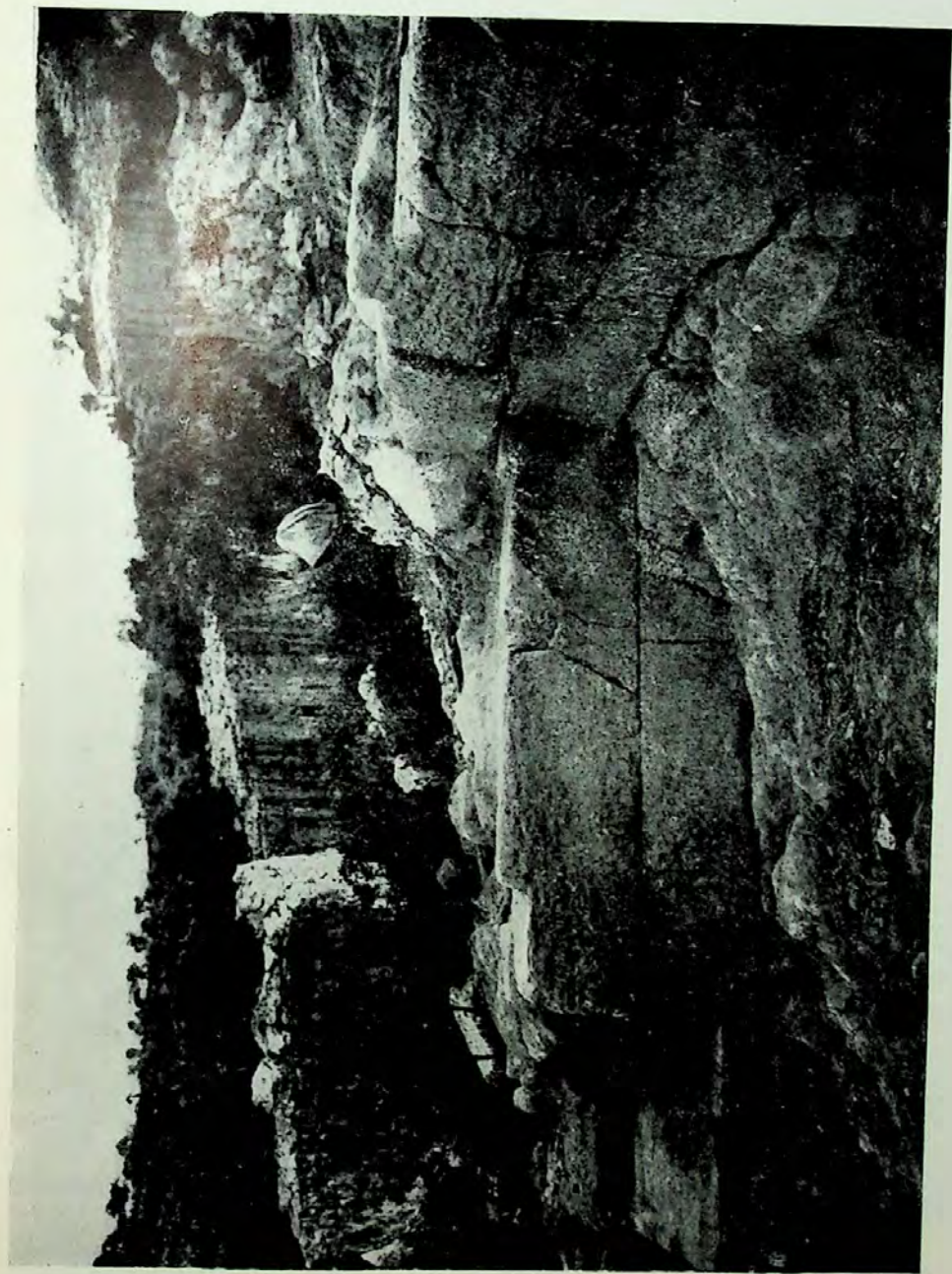
Lám. I.—1. Montefrío.—2. Los Castillejos, en Peñas de los Gitanos.



Lám. II.—Tramo segundo de la terraza de Los Castillejos.



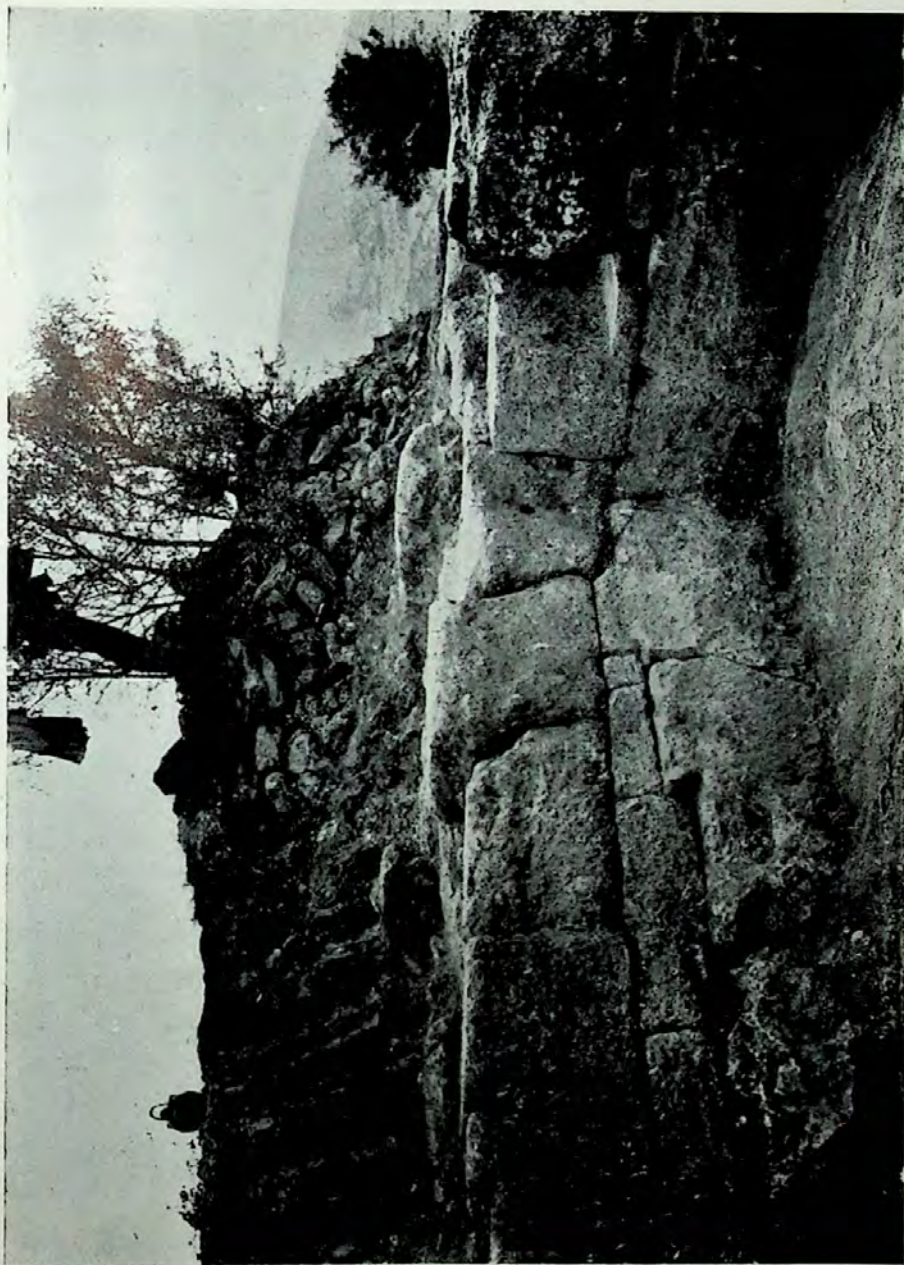
Lám. III.—Vistas de las excavaciones en el ingreso a la terraza.



Lám. IV.—Paramento C del primer bastión y parte de la cortina D.



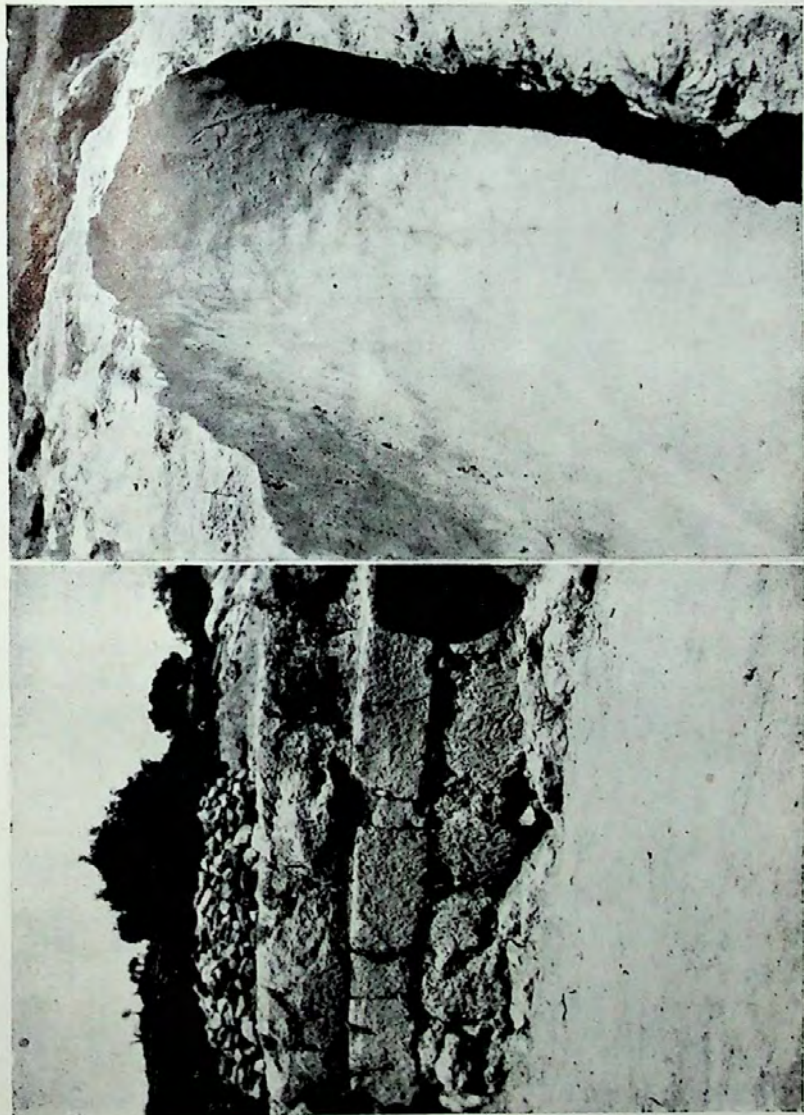
Lám. V.—Paramento de la cortina D.



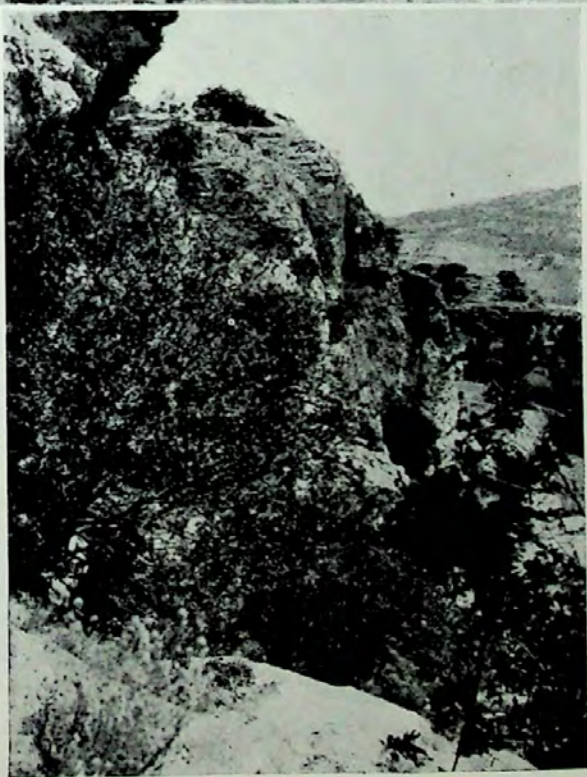
Lám. VI.—Paramento de la cortina D y del bastión segundo lado E.). Nótese el curioso despieceo de los sillares de ángulo.



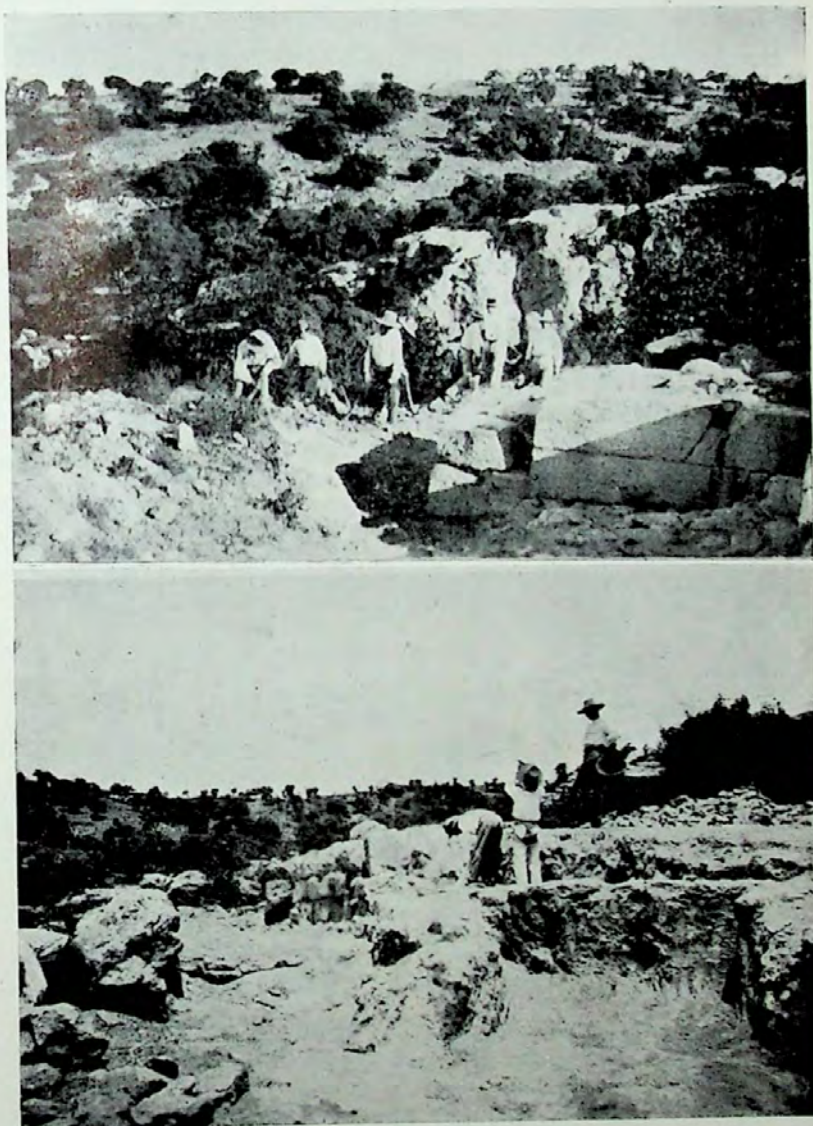
Lám. VII.—1. Paramento superior de la cortina D. Al fondo, el primer bastión por su lado G.—2. Paramento del lado G del segundo bastión.



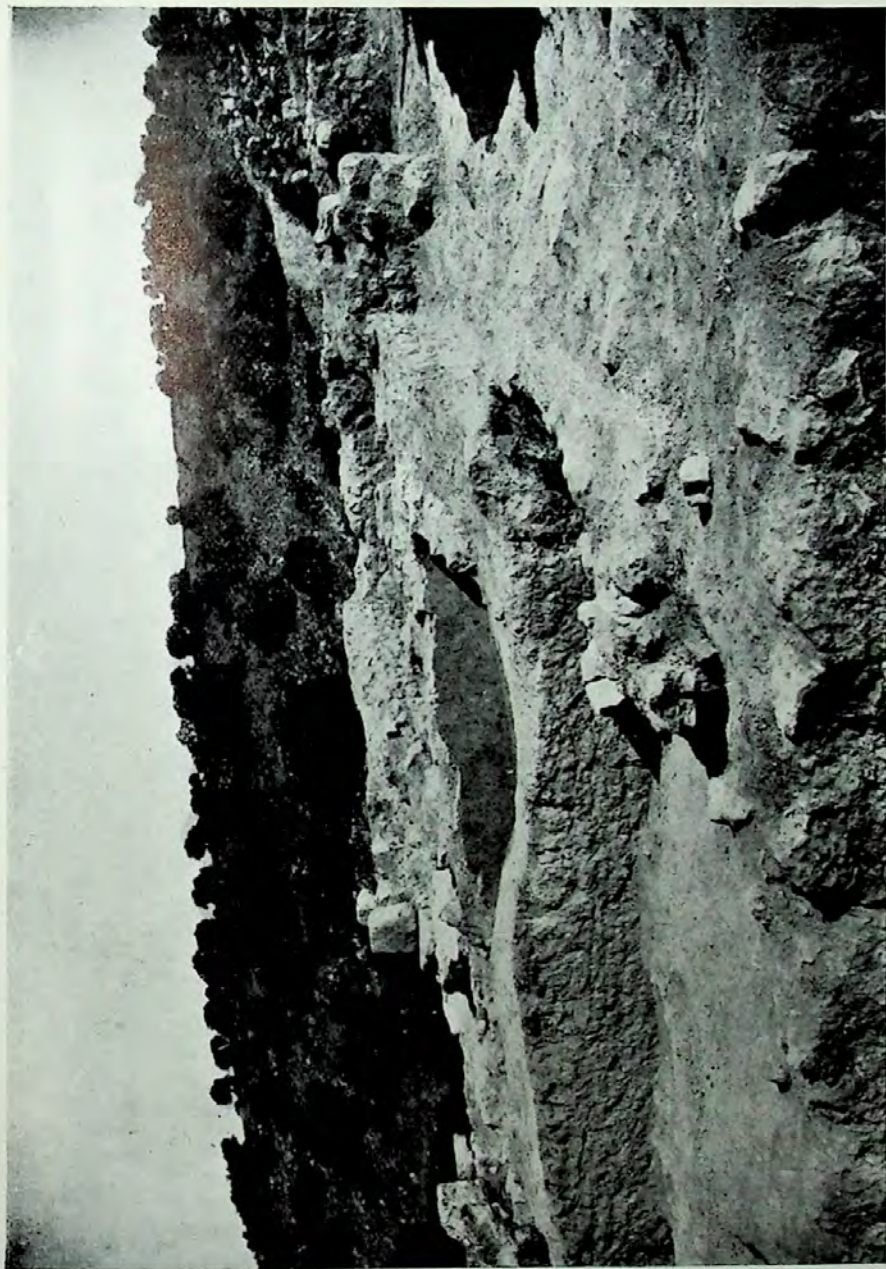
Lám. VIII.—1. Paramento de la cortina H.—2. Parte del depósito o pla.



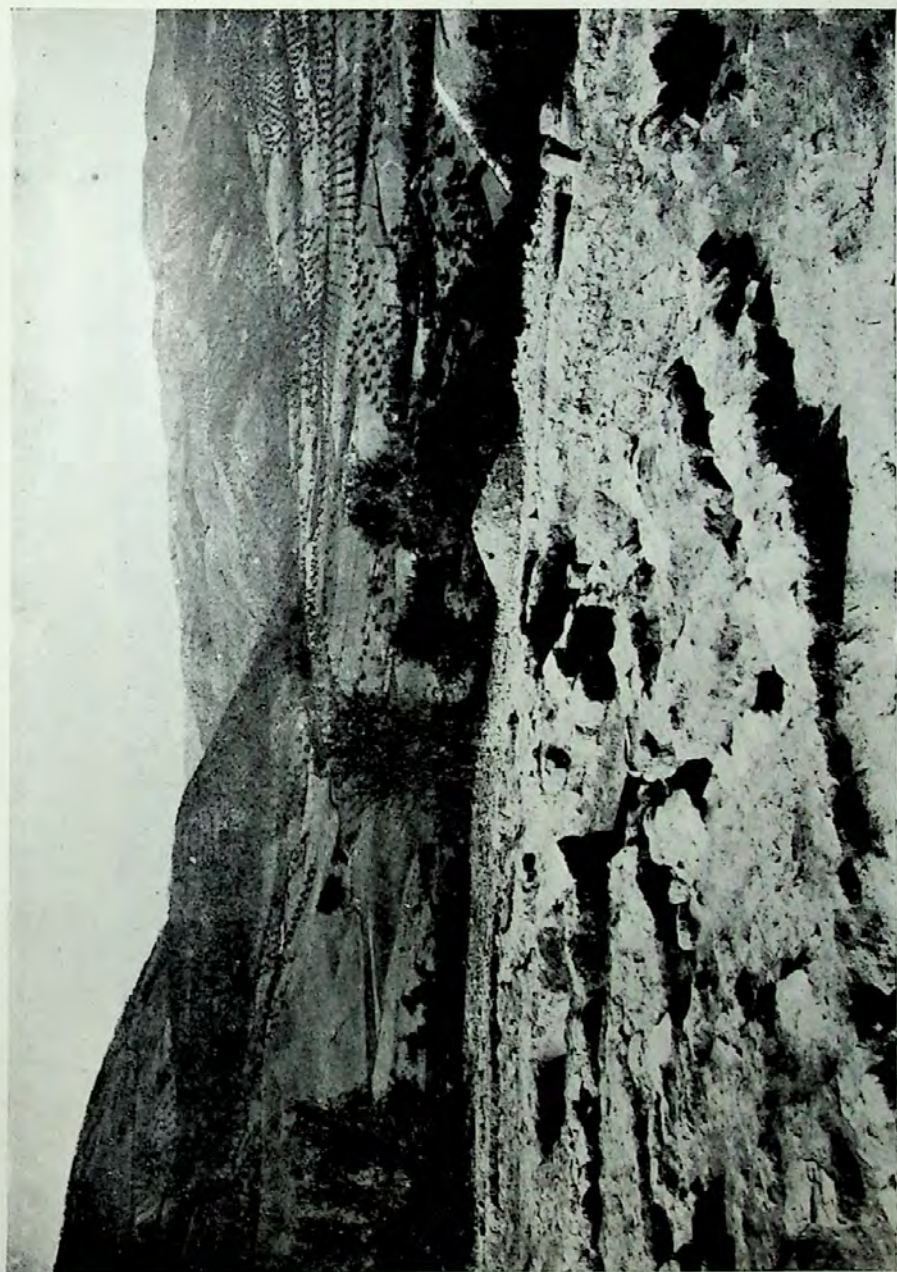
Lám. IX.—1. Las excavaciones en el primer sector de la acrópoli.—
2. Final de la terraza por el lado E.



Lám. X.—Dos vistas de las excavaciones en el primer sector de la acrópoli.



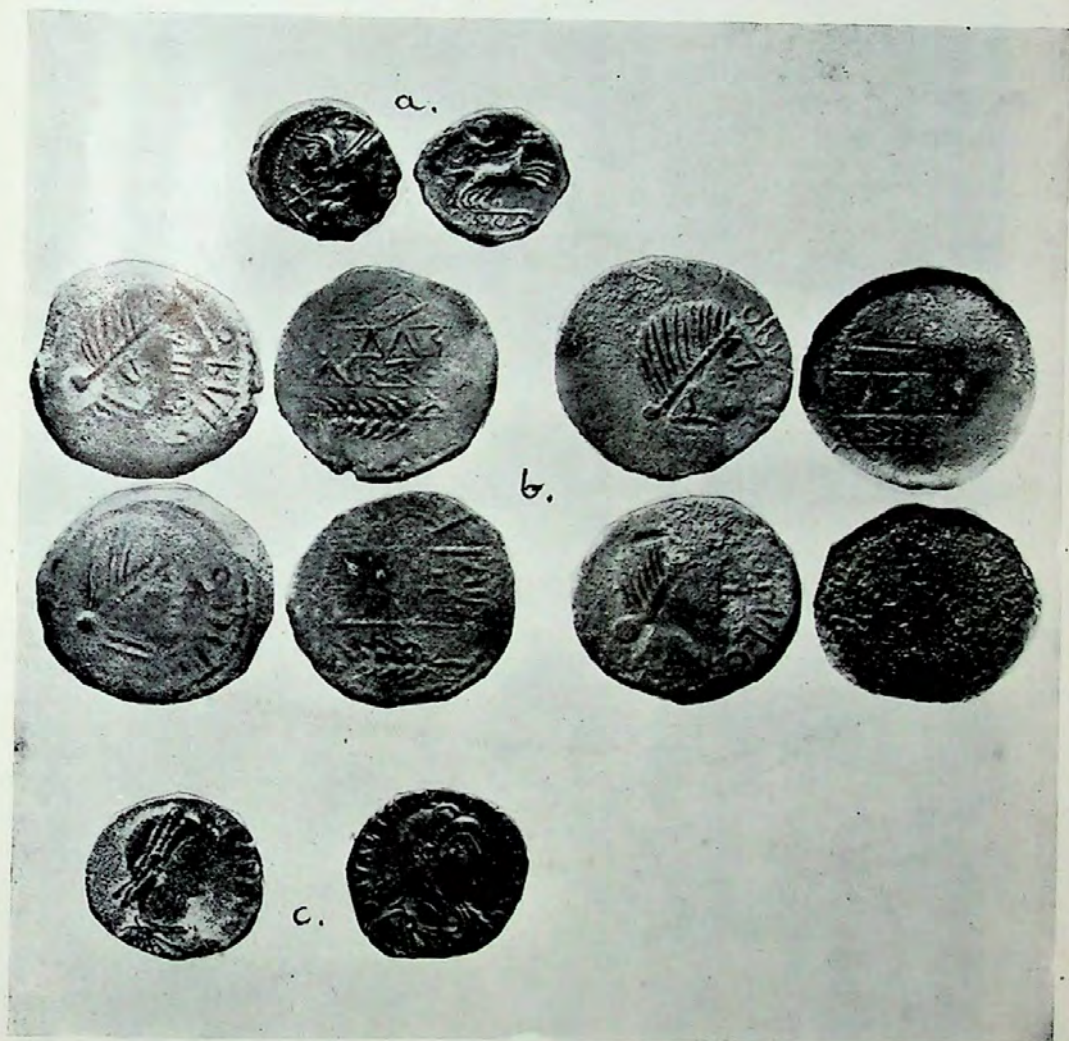
Lám. XI.—Muros de las construcciones del primer sector de la acrópoli. En segundo término, el depósito.



Lám. XII.—Vista general de las excavaciones del primer sector de la acrópoli.



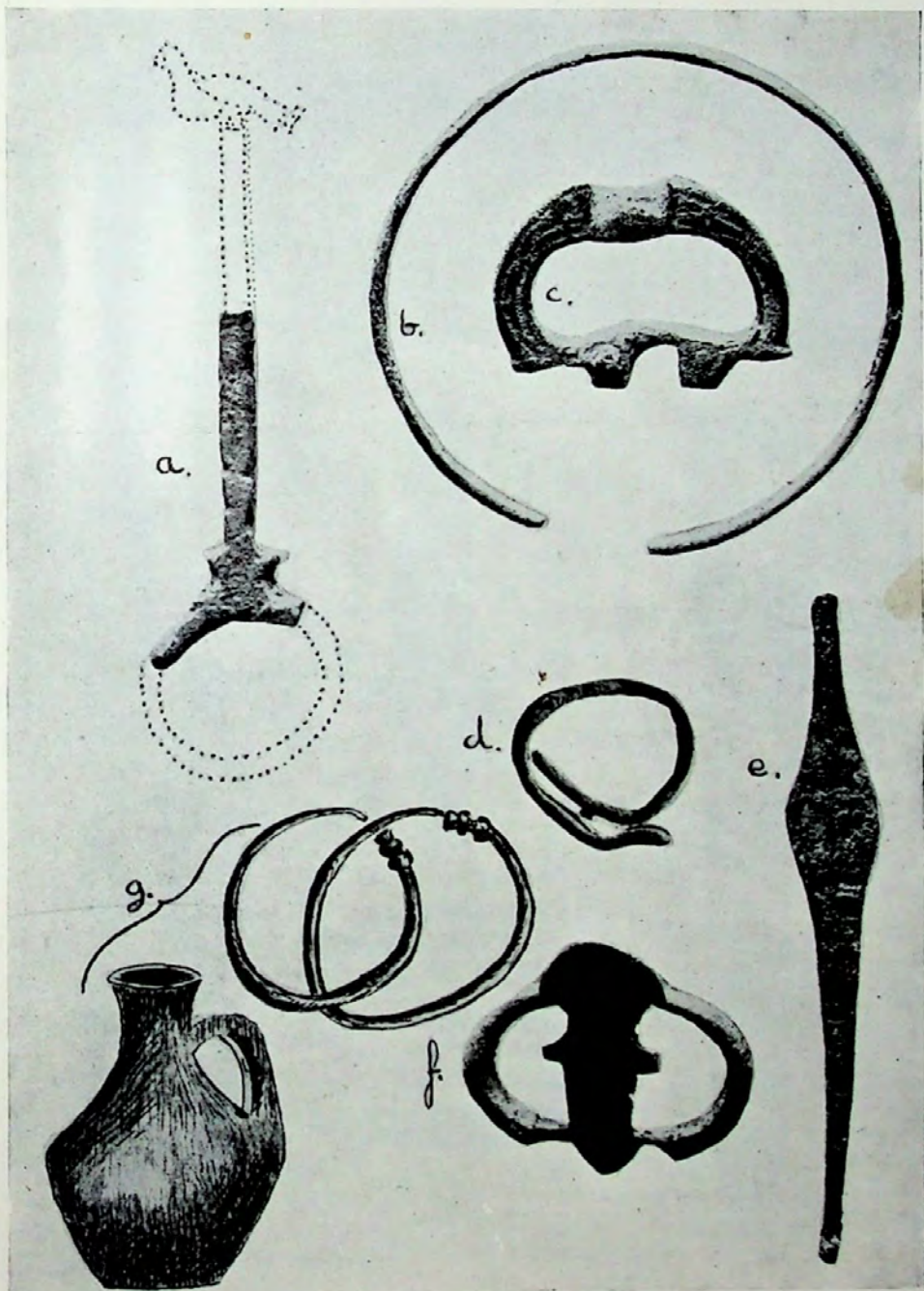
Lám. XIII.—I. El segundo sector de la acrópoli al iniciarse los trabajos.—II. La misma área después de excavada.



Lám. XIV.—Monedas. a) Denario. b) Ases de Obulco. c) Monedas de fines del siglo IV (Procopio, Valentiniano?).



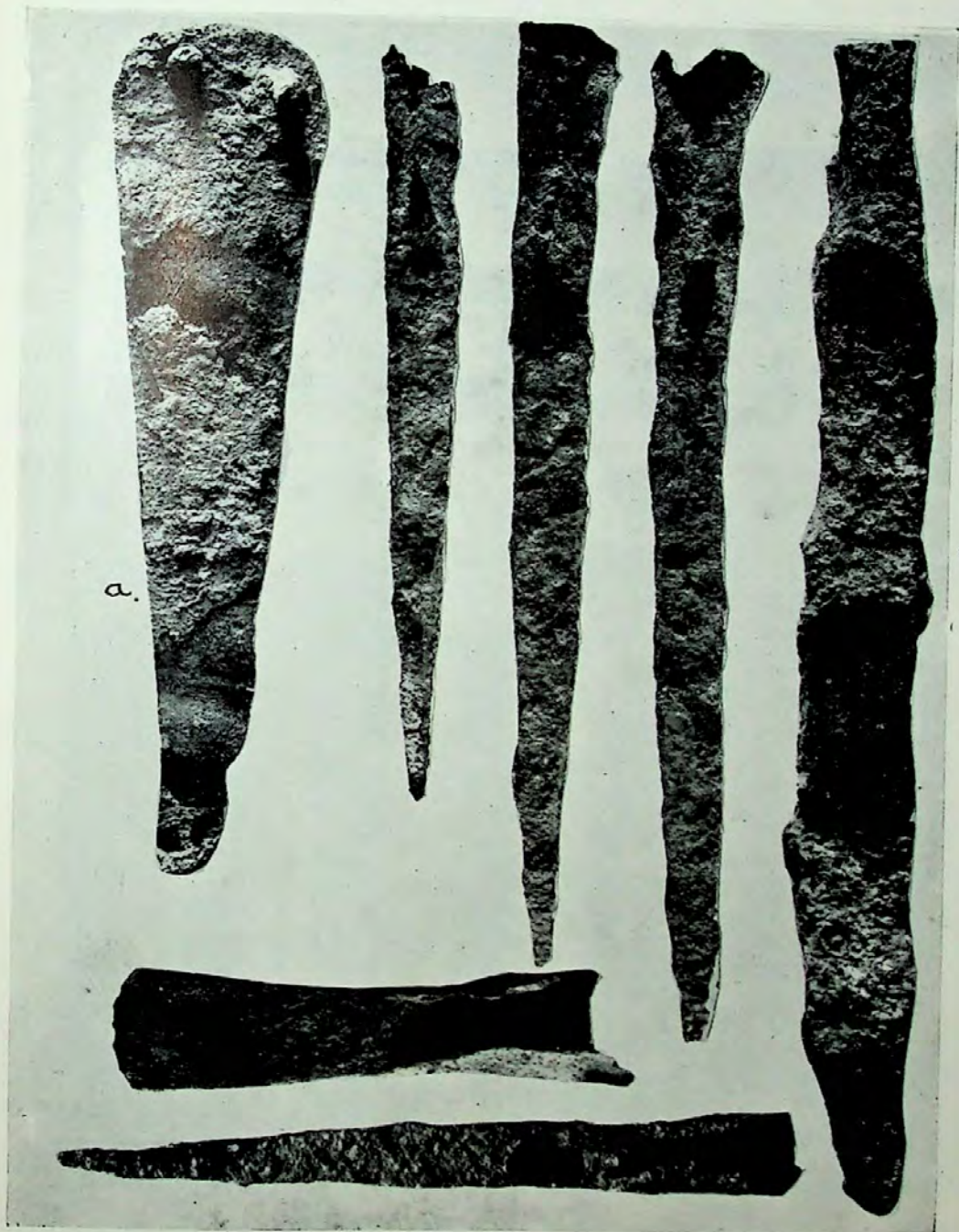
Lám. XV.—a) Anillo y su impronta.—b a d) Fibulas.



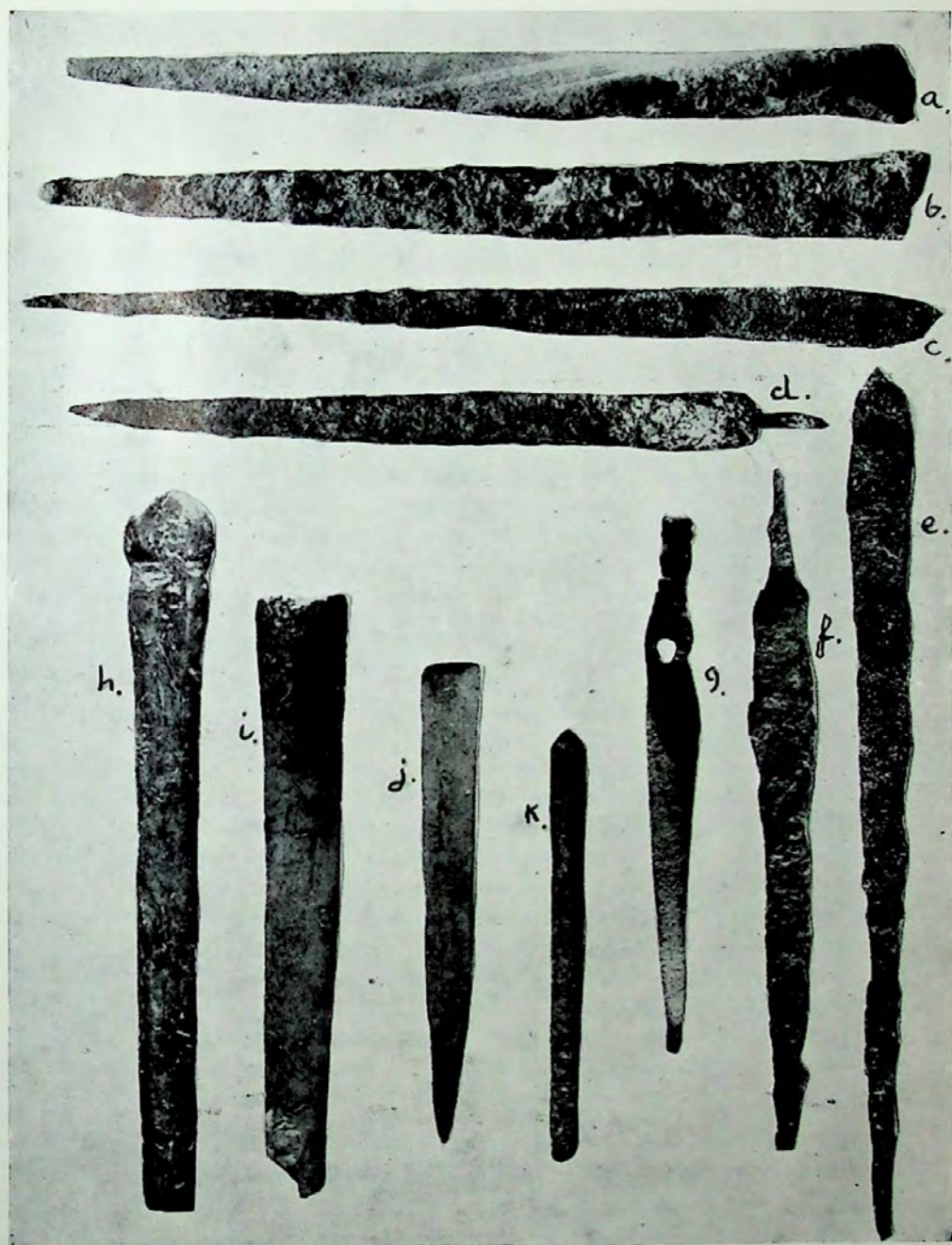
Lám. XVI.—Ajuar visigodo. f) Hebilla (mal montada).



Lám. XVII.—Ajuar árabe.



Lám. XVIII.—a) Hoja de puñal en cobre, armas y utensilios de hierro.



Lám. XIX.—a-f) Armas en hierro.—g) Cobre.—h-k) Hueso.